

Mr. Snubbins se dirigió entonces al jurado en favor de Mr. Pickwick, y pronunció un largo y enfático discurso, en que prodigaba los más grandes elogios á la vida privada y á las costumbres de Mr. Pickwick; pero como nuestros lectores deben conocer á nuestro héroe mucho mejor que Mr. Snubbins, no creemos oportuno copiar su peroración. Se esforzó en probar que las cartas allí leídas se referían tan sólo á la comida de mister Pickwick y á los preparativos de su habitación para recibirle á su vuelta. En fin, habló lo mejor que pudo en favor de nuestro héroe.

El juez, Mr. Stareleigh, hizo el resumen siguiendo las formas acostumbradas; después de su arenga, el jurado se retiró para deliberar, y el juez se retiró á su gabinete para corroborarse con una chuleta de carnero y un vaso de Jerez.

¡Un cuarto de hora de ansiedad pasó! Volvió el jurado, mandaron á buscar al juez, mister Pickwick se puso los anteojos y contempló al presidente del jurado con el corazón palpitante y mucha agitación.

—Señores, ¿estáis acordes en vuestra sentencia? — dijo el individuo vestido de negro.

—Sí; estamos acordes, — respondió el presidente del jurado.

—¿En favor de quién os decidís?

—En favor de la demandante.

—¿Y la indemnización?

—Setecientas cincuenta libras esterlinas.

Mr. Pickwick se quitó los anteojos, limpió cuidadosamente los cristales, los encerró en el estuche y se los metió en el bolsillo; después, poniéndose los guantes sin dejar de contemplar al presidente del jurado, siguió maquinalmente fuera de la sala á Mr. Perker y al saco azul.

Mr. Perker se detuvo en una sala vecina para pagar ciertos honorarios. Allí se reunieron á Mr. Pickwick sus tres amigos, y allí también encontró á misters Dodson y Fogg, frotándose las manos con todas las señales exteriores de una viva satisfacción.

—Y qué señores, — dijo Mr. Pickwick, — creéis que váis á embolsaros las costas?

Fogg respondió que lo creía muy probable, y Dodson sonrió diciendo que lo intentaría.

—Podéis intentarlo, intentarlo, intentarlo, señores Dodson y Fogg, — exclamó Mr. Pickwick con vehemencia; — pero de mí no sacaréis ni un penique, aunque debiera pasar el resto de mi vida en una prisión por deudas.

—¡Ah! ¡ah! — dijo Dodson, — ya lo pensaréis bien antes de que llegue el plazo.

—Lo veremos, Mr. Pickwick, — dijo Fogg.

Mudo de indignación, Mr. Pickwick se dejó arrastrar por su procurador y por sus amigos, que le hicieron subir en un coche que acababa de traer el solícito Sam Weller.

CAPITULO XXXV

En el cual Mr. Pickwick piensa que lo mejor que debe hacer es ir á Bath, y por consiguiente va.

—Pero mi querido amigo, — dijo el pequeño Perker á Mr. Pickwick, á quien había ido á ver la mañana siguiente del juicio; — ¿decís seriamente que no pagáis las costas?

—Ni medio penique, — repitió Pickwick con firmeza.

—¡Hurra! vivan los principios, — exclamó Sam.

—Sam, — dijo Mr. Pickwick, — haz el favor de irte abajo.

—Voy, señor, — dijo Sam muy obediente.

—No, Perker, — continuó Mr. Pickwick en tono muy serio; — mis amigos aquí presentes se han esforzado en disuadirme de esta determinación; mis adversarios tienen poder para conseguir mi prisión, y si son bastante viles para encarcelarme, yo me someteré á las leyes con toda tranquilidad; ¿cuándo pueden hacer esto?

—El plazo cumplirá dentro de dos meses.

—Muy bien; de aquí allá no me habléis de este asunto. Y ahora, — continuó mister Pickwick mirando á sus amigos con una sonrisa benévola y una mirada brillante que ningún anteojo podía oscurecer; — ahora, ¿á dónde dirigimos nuestra próxima excursión?

Mr. Tupman y Mr. Snodgrass estaban muy afectados del heroísmo de su amigo, para poder dar una respuesta; Mr. Winkle no había perdido aún el recuerdo de su declaración, para atreverse á levantar la voz sobre ningún asunto; Mr. Pickwick esperó en vano.

—Pues bien, si me permitís elegir, yo iré á Bath. Creo que ninguno de vosotros ha estado allí.

Esta determinación fué aceptada por unanimidad, y Sam fué enviado á *El Caballo blanco* para tomar cin-

co asientos en el coche que salía al día siguiente á las siete y media.

Había precisamente dos asientos en el interior y tres fuera; Sam tomó los billetes y volvió á *El buitre*, ocupándose activamente hasta el momento de acostarse en comprimir la ropa blanca y los vestidos en el más breve espacio posible, y en inventar ingeniosos medios mecánicos para poner tapadera á las cajas del equipaje.

El día siguiente fué sombrío y húmedo; llovía á torrentes; la sala de viajeros de *El Caballo blanco* es, como debe creerse, muy poco cómoda. De otro modo no sería sala de viajeros; una ambiciosa chimenea se extendía en ella, ocupándola casi toda; un reloj, un espejo y un mozo completan el mueblaje. El día en cuestión, uno de los sofás de esta sala se hallaba ocupado por un hombre de cuarenta y cinco años, poco más ó menos, cuyo cráneo calvo y brillante, estaba circundado de espesos cabellos negros que se unían á unas largas patillas; su vestido obscuro estaba abotonado hasta la barba, tenía una ancha gorra de becerro, y un redingote y una capa que estaban colocados en el asiento junto á él. Cuando Mr. Pickwick entró, este hombre le miró con aire altivo y lleno de dignidad.

—Mozo, — dijo el caballero de las patillas negras.

—Señor, — dijo saliendo de un escondite un hombre de cara sucia.

—Dadme algunas tostadas más.

—Sí señor.

—Que tengan manteca, — añadió el caballero.

—En seguida, caballero, — respondió el mozo.

El caballero de las patillas negras empezó á tararear; después, esperando la llegada de las tostadas, se colocó con la espalda hacia el fuego.

—¿No sabéis donde para el coche en Bath? — preguntó Mr. Pickwick á Mr. Winkle.

—Eh? ¿qué? — dijo el desconocido.

—Hacía una pregunta á mi amigo, — dijo Mr. Pickwick, dispuesto siempre á entrar en conversación; — preguntaba dónde se detiene el coche en Bath; tal vez lo sepáis.

—¿Váis á Bath?

—Sí señor.

—¿Y estos caballeros?

—También.

—No, en el interior, Dios me condene si vais en el interior.

—No, no todos.

—No todos, — dijo el desconocido con energía: — yo he comprado dos asientos, y si quieren pensar diez personas en una caja infernal donde no caben sino cua-

tro, yo alquilaré una silla de posta á sus expensas; no puede ser, he dicho al empleado que no podía ser; ya sé que esto sucede todos los días; pero hoy no será, ¡vive Dios! y los que me conocen lo saben.

Aquí el feroz desconocido tiró de la campanilla con gran violencia, y declaró al mozo que si no le traían las tostadas dentro de diez segundos, iría él mismo á saber por qué.

—Amigo mío, — dijo Mr. Pickwick, — permitidme que os diga que os inquietáis sin razón; yo no he tomado en el interior más que dos asientos.

—Me alegro de saberlo, — respondió el hombre feroz; — retiro mis expresiones, os pido perdón; he aquí mi tarjeta; seamos amigos.

—Con mucho gusto, — replicó Mr. Pickwick; — debemos ser compañeros de viaje, y espero que pasaremos buenos ratos.

—Lo espero, me sois simpático; dadme vuestras manos y vuestros nombres.

Un cambio de saludos amistosos siguió á este agradable discurso. El caballero dijo á sus amigos que se llamaba Dowler, que iba á Bath por placer, que estuvo antes en el ejército, y que se había dedicado á los negocios, que vivía de sus ganancias, y que la persona que ocuparía el otro asiento interior, era otra persona no menos ilustre, su esposa.

—¡Es mujer muy linda! estoy orgulloso y con razón.

—Espero tener el placer de juzgarla, dijo Mr. Pickwick sonriendo.

—Ya juzgaréis; os conocerá, os estimará. Yo la hice la corte de una manera singular; la gané por un voto temerario, escuchad: la vi, la amé, la pedí, me rehusó.

—¿Amáis á otro? — Evitad mi pudor. — Le conozco.

—¿De veras? — Sí; le desollaré vivo.

—¡Diablo! — exclamó Pickwick involuntariamente.

—Y... ¿le habéis desollado? — preguntó Mr. Winkle palideciendo.

—Le escribí una palabra; le dije que era un asunto penoso. Era verdad.

—Ciertamente, — murmuró Mr. Winkle.

—Yo dije que había dado mi palabra de desollarle vivo: que mi honor estaba comprometido, y que, como oficial de Su Majestad, no me quedaba otro recurso. Sentía esta necesidad, pero esto era preciso; se dejó convencer; vió que las reglas del servicio eran imperativas. Huyó. Yo me casé con la joven. He aquí el coche; mirad su cabeza en la portezuela.

Concluyendo aquellas palabras, Mr. Dowler mostraba un coche que acababa de parar. Se veía efectivamente en la portezuela una cara bastante linda, con som-

brero blanco, y que, mirando entre la multitud, buscaba, sin duda, al hombre violento. Mr. Dowler pagó su gasto y salió al punto con su gorra, su redingote y su capa. Mr. Pickwick y sus amigos le siguieron para asegurarse de sus sitios.

Mr. Tupman y Mr. Snodgrass se habían puesto detrás del coche; Mr. Winkle había subido al interior, y Mr. Pickwick se preparaba á seguirle, cuando Sam Weller se acercó con ademán de profundo misterio, y cuchicheando al oído de su amo, le pidió permiso para hablarle.

—¿Qué hay, Sam? — dijo Mr. Pickwick.

—Una historia, señor. Me temo que el propietario del coche nos haga alguna impertinencia.

—¿Cómo puede ser eso? ¿no están nuestros nombres en la carta de viaje?

—Sí están, pero hay uno sobre la puerta del coche.

Hablando así, Sam mostraba á su amo aquella parte de la portezuela donde se pone ordinariamente el nombre del propietario: y allí, en efecto, se leía en letras doradas, de un razonable tamaño, el nombre mágico de Pickwick.

—¡Pues es curioso! — exclamó Mr. Pickwick, aturdido de aquella coincidencia. — ¡Qué cosa tan extraordinaria!...

—Sí, pero hay más aún, — continuó Sam, dirigiendo de nuevo la atención de su amo hacia la portezuela. — No contentos con escribir *Pickwick*, han puesto delante *Moisés*. Esto se llama añadir la injuria al insulto.

—Pues esto es cosa muy singular, Sam; pero si permanecemos en pie, perderemos nuestros asientos.

—¿Cómo, señor? ¿y permitimos eso? — exclamó Sam contrariado por la tranquilidad con la cual Mr. Pickwick se preparaba á meterse en el interior.

—¿Y qué vamos á hacer?

—¿Y no habrá que vapulear á alguien por haberse tomado esta libertad, señor? — preguntó Sam que esperaba por lo menos la comisión de desafiar al cochero y al conductor en combate singular.

—No, ciertamente, — contestó Mr. Pickwick con vivacidad; — bajo ningún pretexto. Sube á tu puesto inmediatamente.

—¡Ah! — murmuró Sam, encaramándose sobre un banco, — sin duda el amo tiene alguna cosa; sino no hubiera tomado esto con tanta tranquilidad. Espero que el juicio no le habrá afectado, pero esto va mal, muy mal.

Y es digno de ser notado, porque hace ver cuán á pecho tomaba este asunto, que no pronunció una sola palabra hasta el momento en que el coche llegó al torriquete de Kensington. Era para él un esfuerzo de taci-

turnidad tan extraordinario, que puede ser considerado como un precedente.

Nada pasó durante el viaje que merezca atención especial. Mr. Dowler contó muchas anécdotas, relativas todas á sus proezas personales, y en cada una de ellas tomaba por testigo á su mujer. Entonces aquella dama contaba, en forma de apéndice, algunas circunstancias notables que Mr. Dowler había olvidado, ú omitido por modestia; porque aquellas adiciones tendían siempre á mostrar que Mr. Dowler era un hombre aun más sorprendente de lo que él mismo decía.

Mr. Pickwick y Mr. Winkle le escuchaban con la mayor admiración; por intervalos conversaba con mistress Dowler, que era una mujer seductora. Así, gracias á las historias de Mr. Dowler y á los encantos de su mujer, gracias á la amabilidad de mister Pickwick y á la atención imperturbable de Mr. Winkle, los habitantes del interior de la diligencia realizaron su viaje en buena armonía y en perfecto humor.

Los viajeros del exterior se condujeron como sus asientos lo permitían; estaban alegres y habladores al principio del viaje, tristes y soñolientos en medio, y de nuevo despiertos y alegres al fin. Había un joven con capa de caoutchouc, que fumaba cigarros, que fumó por todo el camino; había otro cuyo redingote era la parodia de un paletot: había un tercero que la echaba de muy inteligente en caballos, y por detrás un viejo que quería entender de agricultura.

Al fin, Mr. Pickwick y sus amigos, mister Dowler y su esposa, se retiraron á las siete de la noche á un salón particular del hotel de *El Ciervo blanco*, enfrente de la gran sala de los baños de Bath; hotel ilustre, en el cual los mozos, gracias al vestido, podían pasar por estudiantes de Westminte, si no destruían la ilusión por su prudencia y su circunspección.

El día siguiente por la mañana, apenas habían concluido de almorzar los pickwickianos, entró un criado con una tarjeta de Mr. Dowler, que decía que quería presentar á un amigo; mister Dowler siguió á su tarjeta acompañando á su amigo.

Este era un encantador joven de cincuenta años, poco más ó menos; tenía una levita azul claro, con botones resplandecientes, unos pantalones negros y las botas más finas y más lustrosas que se puede imaginar; un lente de oro estaba suspendido á su cuello de una cinta negra, ancha y corta; una tabaquera negra daba vueltas elegantemente entre el índice y el pulgar de la mano derecha; innumerables anillos brillaban en sus dedos, y tenía además una cadena de oro, con enormes sellos macizos; su delgado bastón de ébano llevaba un pe-

sado puño de oro; su ropa blanca era lo más limpia y elegante posible; su falso tupé, el más engrasado y el más tieso. Su tabaco era tabaco del regente; su perfume, *ramillete del Rey*; sus facciones se embellecían con una perpétua sonrisa, y sus dientes estaban tan perfectamente arreglados, que no se distinguían los verdaderos de los falsos.

—Mr. Pickwick — dijo Dowler, — mi amigo Angelo-Cyrus Bantam, *magister ceremoniarum*. — Bantam, Mr. Pickwick, sed amigos.

—Seáis bien venido á Ba-ath. Esto ha sido una verdadera inquisición... bien venido á Ba-ath. Hace mucho tiempo, mucho tiempo, Mr. Pickwick, que no habéis tomado las aguas; hace un siglo, Mr. Pickwick.

Al decir esto, Mr. Angelo-Cyrus Bantam, maestro de ceremonias, tomó la mano de mister Pickwick y dislocando sus espaldas con una constante sucesión de saludos, guardó la mano del filósofo entre las suyas, como si no hubiera podido soltársela.

—Hace ciertamente mucho tiempo que no he bebido las aguas, — respondió Mr. Pickwick, — por qué, que yo sepa, no he venido aquí hasta ahora.

—¿No habéis venido nunca á Ba-ath, mister Pickwick? — exclamó el maestro, dejando caer con admiración la mano del sabio. — ¡Ah! Mr. Pickwick, os gustan las bromas; no es mala, no...

—Debo deciros que hablo seriamente; nunca he venido aquí.

—¡Oh! ya veo, — exclamó el maestro en tono extremadamente satisfecho; — mejor que mejor, sois el caballero de quien hemos oído hablar; os conocemos, Mr. Pickwick, os conocemos.

—Han leído en los malditos diarios los detalles de mi proceso, — pensó Mr. Pickwick; — saben toda mi historia.

—Sí, — respondió Bantam, — vos sois el caballero residente en Elapham-Green, que perdió el uso de sus miembros, por haberse imprudentemente constipado, después de haber tomado vino de Porte; que á causa de sus agudos padecimientos, no podía moverse de su sitio, y que hizo tomar botellas de los baños del Rey á 103 grados, se las hizo llevar por un cerro á su alcoba, en Londres, se bañó, estornudó y quedó restablecido el mismo día. «Muy notable.»

Mr. Pickwick conoció el cumplimiento que encerraba esta suposición, y, sin embargo, tuvo la abnegación de rechazarla; en seguida, aprovechando un momento en que el maestro de ceremonia estaba callado, pidió permiso para presentar á sus amigos Mr. Tupman, mister Winkle y Mr. Snodgrass, presentación que, como es de

suponer, llenó al maestro de ceremonias de delicias y de honor.

—Bantam, — dijo Mr. Dowler, — Mr. Pickwick y sus amigos son extranjeros; es preciso que inscriban sus nombres; ¿dónde está el libro?

—El registro de los visitantes distinguidos de Ba-ath estará en la sala de la Pompe, á dos horas de aquí. ¿Queréis guiar á nuestros amigos hacia ese espléndido edificio, y procurarme la satisfacción de obtener sus nombres?

—Yo lo haré, — respondió Dowler; — he aquí una visita larga; ya es tiempo de partir; volveré dentro de una hora; vamos.

—Esta tarde hay baile, — dijo el maestro de ceremonias tomando la mano de Mr. Pickwick en el momento de irse. — Las noches de baile en Ba-ath son instantes robados al paraíso, instantes que hacen encantadores la música, la hermosura, la moda, la etiqueta, etc... y por encima de todo, la ausencia de los tenderos, gente del todo incompatible con el paraíso. Estas gentes tienen entre ellos, todos, todos los días quince; una especie de amalgama que es, para no decir nada de más, muy notable. Adiós, adiós.

Dicho esto, y habiendo protestado á lo largo de la escalera que él estaba muy satisfecho, enteramente complacido, completamente encantado, inmensamente lisonjeado, sin que pudiera ser más honrado, Angelo-Cyrus Bantam, subió á un coche muy elegante que lo esperaba en la puerta, y desaparecieron al trote largo.

A la hora designada, Mr. Pickwick y sus amigos, acompañados de Dowler, llegaron á las salas de la asamblea, y escribieron su nombre en el libro, prueba de condescendencia, de la que Angelo Bantam se mostró todavía más confuso y encantado que antes.

Debían prepararse unos billetes de admisión para los cuatro amigos, pero como no se encontraban prontos, Mr. Pickwick se comprometió, apesar de todas las protestas de Angelo, á enviar á las cuatro á buscarlos á Sam en casa de Bantam, en la plaza de la Reina.

Después de haber dado un corto paseo por la ciudad y de haber convenido únicamente en que la calle de Park se parecía á las calles perpendiculares que se ven en los sueños, volvieron los pickwickianos á *El Cierro blanco*, y mandaron á Sam en busca de los billetes.

Sam Weller se puso el sombrero con negligencia y gracia, se metió las manos en los bolsillos del chaleco, y se dirigió con resolución á la plaza de la Reina, tarareando por el camino los aires populares de la época, arreglados á una música enteramente nueva para instrumento de viento. Llegado á la plaza, al número que

se le había designado, cesó de cantar y tocó fuertemente á la puerta que abrió inmediatamente un lacayo de cabeza empolvada, de librea magnífica, de estatura fornida.

—¿Vive aquí Mr. Bantam? — preguntó Sam, sin dejarse intimidar por el rayo de esplendor que hirió sus ojos á la aparición del lacayo empolvado.

—¿Qué buscáis? — preguntó el lacayo con altanería.

—Si es aquí, decidle que Mr. Weller espera la respuesta.

Así habló Sam, y entrando friamente en la sala se sentó.

El lacayo empolvado empujó la puerta y frunció las cejas con dignidad: pero esto no hizo impresión ninguna en Sam, que se ocupaba en mirar, con ademán de conocedor satisfecho, un elegante porta-paraguas de caoba.

La manera con que Mr. Bantam recibió la carta, predispuso al lacayo en favor de Sam; porque cuando volvió, se sonrió amablemente y le dijo que tendría pronto la respuesta.

—Muy bien, — replicó Sam: — podéis decir al caballero que no se ponga en estado de transpiración. No hay prisa ninguna. Ya he comido.

—Coméis muy temprano.

—Para cenar mejor.

—¿Hace mucho que estáis en Bath? No he tenido el gusto de oír hablar de vos.

—No he causado aquí gran sensación, — respondió Sam tranquilamente. — Yo y los demás personajes que acompañamos hemos llegado ayer por la noche.

—Bonito lugar.

—Así lo parece.

—Buena sociedad. Criados muy agradables, caballero.

—Así parece. Chicos afables y sin afectación, que parecen decir: idos á paseo: no os conozco.

—¡Oh! es verdad, — contestó el lacayo empolvado, creyendo que las palabras de Sam encerraban evidentemente un cumplimento. — ¿Queréis tabaco? — añadió alargando una tabaquera.

Al llegar aquí, un violento campanillazo redujo al lacayo empolvado á la ignominiosa necesidad de poner la tabaquera en el bolsillo, y dirigirse con mucha circunspección al cuarto de Mr. Bantam.

—He aquí la respuesta, — dijo al volver el lacayo empolvado á Sam. — No sé si incomodará á su grandeza.

—No os preocupéis, — dijo Sam, recibiendo la carta, que estaba encerrada en un pequeño cofre. — Creo que

la naturaleza puede soportar esto sin desfallecer.

—Espero que nos veremos, — dijo el lacayo empolvado, frotándose las manos y encaminando á Sam hacia la puerta.

—Sois muy amable, caballero, — contestó Sam; — pero os suplico no os molestéis. Considerad lo que debéis á la sociedad y no os dejéis destruir por el trabajo. Por amor de vuestros semejantes, vivid tranquilo como podáis. Pensad lo que el mundo perdería con vos.

Después de estas palabras patéticas, Sam se alejó.

—¡Qué joven tan singular! — dijo para sí el lacayo con fisonomía enteramente atontada.

Sam no dijo nada, pero guiñó el ojo, movió la cabeza, sonrió y se fué aprisa, con un semblante que parecía denotar que estaba muy divertido por una razón ó por otra.

La misma noche precisamente, á las ocho menos veinte, Angelo-Cyrus Bantam bajó de su coche á la puerta del salón de reunión, con el mismo tupé, los mismos dientes, el mismo lente, la misma cadena y los mismos sellos, los mismos anillos, los mismos alfileres y el mismo botón que llevaba por la mañana. El único cambio notable en su apostura era que llevaba una levita azul más clara, forrada de seda blanca, un pantalón negro, medias de seda negra, escarpines y chaleco blanco, y que estaba un poco más perfumado aún.

El maestro de ceremonias se plantó en medio de la sala para recibir á los viajeros y desempeñar los importantes deberes de su indispensable oficio.

Bath estaba lleno. La gente y las piezas de seis peñiques para el te llegaban sin cesar. En la sala de baile, en las salas de juego, en las escaleras, en los pasajes, el murmullo de las voces y el ruido de los pies aturdían. Crujían los trajes de seda, ondulaban las plumas, brillaban las luces y resplandecían las joyas. Se oía la música, no de contradanzas, porque aún no había empezado, sino la música siempre agradable de los pies diminutos que se deslizan por el tablado, de las risas claras y gozosas de las niñas, de las voces contenidas y veladas de las damas.

En la sala donde se tomaba el té, y alrededor de las mesas de juego, se reunían una multitud de viejas y de caballeros decrepitos, discutían todos los pequeños escándalos del día, con una vivacidad que mostraba su complacencia. Entre estos grupos se encontraban algunas madres de familia, absorbidas en apariencia por la conversación, en la cual tomaban parte; pero lanzando de tiempo en tiempo algunas miradas á sus hijas. Estas se hallaban en pleno ejercicio de coquetería, se ponían los guantes, dejaban las tazas de te, y así sucesivamente.

te, poniendo en juego todas las lijezas, que fútiles en apariencia, fuesen ventajosamente explotadas por personas hábiles.

Junto á las puertas y en los rincones, varios grupos de jóvenes ostentaban todas las variedades del dandismo y de la estupidez, divertían á las personas razonables con su tontería y presunción, creyéndose objetos de la admiración general. ¡Sábía y preciosa disposición de la Providencia, que un espíritu caritativo no se cansará de alabar!

En los bancos de atrás, donde ellas habían tomado asiento para la tertulia, estaban sentadas ciertas damas solteras, y que como no bailaban por no tener pareja, ni jugaban porque no las llamasen viejas, estaban en la situación favorable de poder hablar mal de todo el mundo, sin llamar la atención.

Todo el mundo efectivamente se encontraba allí; era una escena de alegría, de lujo, de tocados, de espejos magníficos, de luces y dorados, y en todos los planos de aquel cuadro, pasando de un lado á otro, saludando amablemente á un grupo, haciendo un signo á otro, y sonriendo á todos, se hacía notar la persona elegante de Angelo-Cyrus Bantam, *maestro de ceremonias*.

—Deteneos en la sala del te; tomad vuestros seis peniques; dan agua caliente por te; bebed, — dijo en voz alta Mr. Dowler á Mr. Pickwick, que avanzaba á la cabeza de los suyos, dando el brazo á mistress Dowler.

Mr. Pickwick fué á la sala del te, y Mr. Bantam, al verle, se deslizó al través de la multitud, y le saludó con éxtasis.

—Mi querido amigo, estoy prodigiosamente honrado... Ba-ath está favorecido... mistress Dowler, vos embellecéis esta sala; os felicito por vuestras plumas.

—¿Hay alguien aquí? — preguntó Mr. Dowler en tono desdeñoso.

—¿Alguno? ¡lo mejor de Ba-ath! Mr. Pickwick, ¿véis aquella dama del turbante de gasa?

—¿Aquella vieja gorda? — preguntó Mr. Pickwick inocentemente.

—¡Chitón! amigo; en Bath no hay persona alguna vieja ni gorda; es la viuda Snuphanuph.

—¡De veras! — dijo Mr. Pickwick.

—Ni más ni menos. ¡Chitón! acercaos un poco por aquí, Mr. Pickwick; ¿véis aquel joven ricamente vestido que viene por ese lado?

—¿El de los cabellos largos y la frente singularmente estrecha?

—Ese mismo; es el joven más rico de Ba-ath; el joven lord Mutanhd.

—¿De veras?

—Sí; oiréis su voz en este momento; me hablará. El caballero que viene á su lado y que tiene un chaleco rojo y bigotes negros, es el honorable Mr. Crushton, su amigo íntimo. ¿Cómo estáis, milord?

—Mucho calor, Bantam, — respondió su señoría.

—En efecto, hace calor — respondió el maestro de ceremonias.

—De todos los demonios — añadió el honorable Crushton.

Después de una pausa, durante la cual el joven lord se había esforzado en turbar á Mr. Pickwick, mirándole con su lente, Mr. Crushton dijo:

—Bantam, ¿habéis visto el coche correo de milord?

—No, no le he visto.

—¡Oh! ¡yo creía que too el mundo le había vizto! es la coza más linda, más lizera, más grazioza que ha ezrado sobre ruelas. Pintado de encarnado, con cabayos de café con leche.

—Y con su caja para las cartas; es cosa completa — añadió Crushton.

—Y un pequeño asiento delante, rodeado de un triángulo de hierro para cochero — continuó su señoría. — Llo la yevé á Bristol el zotro día, con un traje encarnado y dos criados que corrían á un cuarto de milla detrás; todos los aldeanos zafían de sus cazas para deternerme y preguntarme si no era yo el correo. ¡Graziozo!

El joven lord se rió de buena gana de la aventura, y los circunstantes hicieron lo mismo.

—¡Un joven encantador! — dijo el maestro de ceremonias á Mr. Pickwick.

—Lo parece — replicó secamentē el filósofo.

Habiendo empezado la danza, y habiéndose hecho las presentaciones necesarias, Angelo Bantam llevó á mistress Pickwick á la sala de juego.

En el momento de entrar, lady Snuphanuph y otras dos ladys de antigua apariencia vagaban tristemente alrededor de una mesa desocupada. En cuanto vieron á Mr. Pickwick, guiado por Bantam, cambiaron una mirada que quería decir que aquella era precisamente la persona que necesitaban.

—Mi querido Bantam — dijo lady Enuphanuph, — buscadnos por amor de Dios una buena persona que nos falta para una partida de whist.

Y como en aquel momento Mr. Pickwick miraba para otro lado, milady hizo un expresivo signo de cabeza indicándole.

El maestro de ceremonias comprendió aquel gesto mudo.

—Milady — respondió, — mi amigo Mr. Pickwick

tendrá mucho gusto en ello; estoy seguro. Mr. Pickwick —añadió, presentando á las damas;— lady Snuphanuph, mistres la coronela Wugsby, miss Bolo.

Mr. Pickwick saludó, y viendo que era imposible escapar, se resignó; Mr. Pickwick tenía por compañera á miss Bolo, y jugaba en contra de lady Snuphanuph y de la coronela Wugsby.

A la segunda jugada dos jóvenes damas acudieron á la sala y se colocaron á cada lado de Mistress Wugsby, donde esperaron paciente y silenciosamente á que el juego concluyera.

—¿Qué hay? — dijo mistress Wugsby, volviéndose hacia una de las jóvenes.

—Mamá — respondió en voz baja la más joven y la más bonita de las dos, — venía á preguntaros si puedo bailar con el joven Mr. Crawley.

—¿Pero en qué piensas, Juana? — respondió la mamá con indignación; — ¿no has oído decir cien veces que su padre no tiene más que ochocientas libras esterlinas de renta, y eso vitalicia? Niña, me haces avergonzar. No; no bailes bajo ningún pretexto.

—Mamá — cuchicheó la otra señorita, que era mucho más vieja que su hermana y tenía un ademán insípido y artificial; — lord Mutanhed me ha sido presentado; he dicho que no estaba comprometida para bailar con otro.

—Eres una buena chica, y se puede una fiar de ti, — respondió mistress Wugsby, dando con su abanico un golpecito en la mejilla de su hija. — Es inmensamente rico, hija mía.

Al decir esto, mistress Wugsby besó tiernamente á su hija mayor, amonestó á la segunda con un fruncimiento de cejas, y barajó sus cartas.

¡Pobre Mr. Pickwick! Hasta entonces no había jugado nunca con tres viejas tan buenas jugadoras. Tenían una habilidad espantosa; si jugaba mal, miss Bolo le asesinaba con la mirada; si se detenía para reflexionar, lady Snuphanuph se recostaba en la silla y sonreía mirando con impaciencia á mistress Wugsby; á esto respondía la coronela alzando los hombros y tosiendo como para preguntar si acabaría Mr. Pickwick de pensar. Había además personas que venían á mirar el juego y á intimidar á Mr. Pickwick. Todo esto, combinado con el ruido y las constantes interrupciones de los que iban y venían, hizo que Mr. Pickwick jugase verdaderamente mal. Al fin, al dejar la mesa de juego á las once de la noche, miss Bolo se levantó con una agitación espantosa y se fué llorando á una silla de manos.

Mr. Pickwick encontró á sus amigos, que aseguraron haber pasado una noche muy agradable. Volvieron jun-

tos á *El ciervo blanco*, y habiéndose distraído el filósofo de sus infortunios por tomar algo caliente, se acostó y durmió inmediatamente.

CAPITULO XXXVI

Ocupado principalmente por una auténtica versión de la leyenda del príncipe Bladud, y por una calamidad muy extraordinaria de que fué víctima Mr. Winkle.

Proponiéndose Mr. Pickwick estar por lo menos dos meses en Bath, creyó conveniente tomar para él y sus amigos una casa particular. Tuvo la buena fortuna de obtener por un precio moderado la parte superior de una de las casas inmediatas al Crescent, y como había allí más habitaciones de las que los pickwickianos necesitaban, mister y mistress Dowler le ofrecieron tomar para ellos una sala y una alcoba. Esta proposición fué aceptada, y desde el tercer día, los dos asociados se instalaron en su nuevo domicilio. Mr. Pickwick empezó entonces á tomar las aguas con gran asiduidad. Las tomaba sistemáticamente, bebiendo un cuarto de pinta antes del almuerzo, y subiendo después una montaña; otro cuarto de pinta después del almuerzo, y bajando después otra montaña; y después de cada pinta, mister Pickwick declaraba solemnemente que se encontraba mucho mejor. Los amigos creían esto á pies juntillas, aunque hasta entonces no sospechaban que su amigo padeciese mal alguno.

El gran salón de bebidas es un espacioso recinto, adornado con pilares corintios, con una galería para la música, un reloj de Tompion, una estatua de Nash y una inscripción en letras de oro, en la cual todos los bebedores debían fijar su atención, porque hace un cierto llamamiento á su caridad. Allí se encuentra además un jarro de mármol, donde el mozo sumerge constantemente grandes vasos que parecen tener ictericia, y es un espectáculo edificante ver con cuánta gravedad y perseverancia apuran el contenido de aquellos vasos los bebedores de agua. Cerca están los baños, en los cuales se lava una parte de los enfermos, después de lo cual toca la música para congratularlos de haber salido.